

En esta situación, François Duvalier ha podido sacar su tajada adoptando siempre la táctica del chantaje. Así, cuando la conferencia de Punta del Este, en enero de 1962, en que la OEA excluyó de su seno al régimen cubano, Duvalier dio su golpe teatral. El delegado de Haití se opuso a toda sanción contra Cuba. Después, acabó votando por la exclusión. Al día siguiente se supo que los Estados Unidos acababan de otorgar un nuevo préstamo al Gobierno haitiano.

En los últimos tiempos parece apreciarse un mayor acercamiento entre ambos países. Estados Unidos aceptaría, con un espíritu pragmático, la situación de hecho del régimen duvalierista. Pondría ciertas condiciones de apertura política, sin descartar por ello la baza de un reemplazo político más o menos lejano.

#### UN FUTURO QUE NO SE PUEDE PREVER

Puerto Príncipe es una de las capitales más seguras del continente, en ella el delito común es muy escaso. No hay patrullas militares en las calles y cada vez los «tontos macoutes» hacen menos acto de presencia activa. Se confinan en sus cuarteles y en los puestos de control que riegan las carreteras del país. La etapa de consolidación del régimen parece clausurada. Pese a los conatos de invasión y a algunas conspiraciones, abortadas ya a nivel de proyecto.

Sólo el Palacio Nacional, una bella «Casa Blanca» con jardines, manifiesta una situación de fuerza. Antiaéreos en los jardines, tanques acantonados junto al edificio y el mayor cuartel del Ejército frente por frente del Palacio Nacional.

El día 2 de junio del año pasado, según informaciones oficiales, la Policía tuvo una refriega con los miembros del Comité Central del Partido Comunista, reunidos en una casa. De resultas de la misma hubo cuatro policías heridos y los veintidós miembros del Partido muertos. Así, como suena. Claro que algunos de los nombres de la lista es la quinta vez que son exterminados por las fuerzas del orden. Frecuentemente, la prensa recoge «memorándums» del Ministerio del Interior sobre alguna de las organizaciones políticas, sindicales, estudiantiles o religiosas que están prohibidas. Hay que recordarle, a quien sepa leer, que la vigilancia está atenta.

Con un exiguo presupuesto nacional de treinta y tantos millones de dólares, poca cosa se puede hacer. Máxime si las fuerzas armadas absorben el 30 por ciento del total. Los problemas sociales básicos, educación, sanidad, vivienda, parecen insolubles. Las obras de infraestructura prácticamente no existen. En 1968 se han

realizado unos quince kilómetros de carreteras. Y como única obra actual de cierta envergadura está la financiación por el Gobierno de cinco millones de dólares para un proyecto hidroeléctrico en la presa de Pelligre; una firma italiana, la Grupo Industrie Electromechaniche, está realizando la obra con vigilancia de las Naciones Unidas.

En estas circunstancias, tratar de avizorar el futuro no será tarea nada fácil. Si las tesis de Salvador de Madariaga de que las dictaduras de derecha favorecen objetivamente al comunismo y de que el fascismo es comunista en lo económico y el comunismo, fascista en lo político, fuesen ciertas, no habría más que hablar. Según esto, bastaba con cambiar el color del dogal y sanseacabó. Pero me temo que ello no sea así de fácil y requiera algunas puntualizaciones.

Por una parte, la clase burguesa haitiana se ha mostrado históricamente incapaz de afrontar los problemas del país. No ha tenido contenido económico, no ha sido una clase productiva, al nivel que en Europa lo fue cuando el desarrollo capitalista. No ha explotado formas de producción capitalistas, no ha concentrado, por consiguiente, unos medios de producción modernos. La clase burguesa ha sido tradicionalmente una reducida élite cultural: profesionales liberales, burócratas comerciantes... No ha tenido, en definitiva, conciencia histórica. Por otra parte, el pueblo haitiano, campesino, analfabeto, paupérrimo, fatalista y rústico, carece hoy por hoy de capacidad organizativa, de conciencia de masa, no está en condiciones de ofrecer una alternativa coherente. Tras siglos de explotación, como esclavo o como «libre», sus explosiones han sido emocionales y anárquicas, han experimentado repetidas veces escisiones nacionales, y de cobijarse bajo alguna bandera, la suya sería, a todas luces, la negra del anarquismo.

Cuentan que, «sotto voce», hay varios comunistas en el Gobierno de Duvalier. En ese caso nos encontraríamos ante una paradoja similar a la de Cuba cuando Batista. Pero ahí acabarían las analogías entre ambos países: el problema de la propiedad de la tierra, el nivel de industrialización y la conciencia campesina son muy diferentes a los de la Cuba prerrevolucionaria.

Está claro que cualquier alternativa burguesa no resolvería el problema del pueblo haitiano. No supondría más que una reestructuración de las piezas en el tablero de ajedrez, un nuevo reparto de fuerzas, un reajuste de influencias. La solución ha de venir, a nivel popular, de quien sepa movilizar a las masas campesinas, dotarlas de organización, despertar su conciencia y hacer que alcancen el protagonismo histórico que por siglos se les ha negado. ■ ENRIQUE ARIAS VEGA.



## EL NUEVO JUEGO DE LA DEPRESION

**W**ASHINGTON.—El último juego de salón en los Estados Unidos se llama depresión. Solamente es comparable en popularidad al viejo juego de las «charadas».

El objeto del juego, que puede realizarse bajo techo o al aire libre, bien en fiestas, cócteles, comidas o con cualquier otro motivo, consiste en deprimir a la otra persona más de lo que ella pueda deprimirle a uno. La mayoría de los norteamericanos lo han practicado sin darse cuenta. He aquí unos ejemplos.

Jones, al ir a servirse una copa durante un cóctel, dice: «Nunca estubo el país peor».

Evans contesta: «Los muchachos ya no se preocupan por nada».

Jones: «No respetan siquiera los valores morales».

Evans: «Si no se les pusiera todo en bandeja, no atacarían tanto al sistema».

Jones, atacando por los lados: «Deberían tener una mayor preparación antes de decirnos lo que debemos hacer».

Evans: «Lo que deberían hacer es bañarse y cortarse el pelo».

Jones, contraatacando: «Sólo quieren hablar. No escuchan».

Evans: «La situación es muy mala».

Jones, que ha perdido un punto: «Ciertamente».

Evans ganó el juego porque consiguió deprimir más a Jones que éste a aquél. No obstante, el juego había ido muy igualado.

Depresión se ha hecho muy popular entre los estudiantes. He aquí un encuentro doble en una cafetería.

La joven sirve: «Nunca he visto al país en peor forma».

El muchacho responde: «Nadie nos comprende».

El compañero de la joven: «No consigo comprender a mis padres».

La compañera del muchacho devuelve la pelota: «Lo único que les preocupa es el dinero, sólo el dinero».

La joven: «Ya no tenemos razón de vivir».

El muchacho: «No podemos hacer planes para el futuro».

La joven: «A nadie le interesa ya lo que nos sucede».

La compañera del joven: «Nadie nos ama».

La joven primera: «Todo lo que dicen es que nos tenemos que cortar el pelo».

El joven: «Son unos hipócritas».

El compañero de la joven: «Desearía estar muerto».

La compañera del muchacho: «Yo desearía estar más muerta que tú».

La joven: «Todos llegaremos a estar muertos, queramos a no».

El muchacho: «¡Oh, qué obsesional!».

Este encuentro terminó con empate, y se acordó jugar el desempate al otro día, a la misma hora.

Mientras el juego se practica en todo el país (¿quién olvidará los de Wall Street el mes pasado?), Washington sigue estando considerado como el lugar principal de los juegos y es difícil escaparse. Si alguien te desea deprimir con la guerra, puedes responderle con la inflación, y si pretende deprimirte con las disensiones del equipo Nixon, puedes contraatacar hablando de la Administración. Hay tantos temas que se está haciendo imposible deprimir a otro más de lo que nos pueda deprimir él.

(Copyright 1970, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service Inc.—Agencia Zardoya.)